

LA CIUDAD TRADICIONAL ¿OBSOLETA?

Durante los 60' del Siglo XX, se proclamaba que los cambios tecnológicos iniciados con la revolución industrial y profundizados con la quinta revolución, la informática, terminarían con la ciudad como fenómeno compacto y discreto. Si como planteaba Weber, la ciudad en estos términos solo existía porque permitía bajos costos de transacción de la información, la caída de estos costos acercados asintóticamente a cero y la reducción de la fricción al desplazamiento en el espacio, harían innecesaria la aglomeración. Para Koolhaas, la aglomeración y su correlato espacial, la ciudad tradicional, quedarían atrás luego que la revolución informática permitiera que la sociedad y vida pública saltaran al hiperespacio.

Así, el relato de la disolución de la ciudad como hecho compacto y la idea un urbanita ubicuo, siempre conectado a los flujos de información, dieron pábulo a una discursiva académica que señalaba un nuevo estadio de forma urbana, des-densificada y sin límites, al modo de la ciudad acre de Frank Lloyd Wright o de la ciudad difusa de Indovina, donde no solo la ciudad tradicional quedaba obsoleta sino que también las calles y plazas, evidenciando la descomposición social e individualismo de un mundo del cual había que renegar.

Sin embargo, ya transcurrida la primera década del siglo XXI, han aparecido nuevas evidencias que plantean una revolución informática, Facebook, Messenger, Skype, Wassup, etc... que no ha terminado con las relaciones cara a cara, sino que, y contrario a la mayoría de los diagnósticos de mediados del siglo pasado, las han incentivado aún más, paradójicamente en un mundo donde todo se digitaliza, lo que no puede ser digitalizado se vuelve aún más valioso, de este modo la ciudad tradicional y su sentido experiencial, lejos de desaparecer se valorizan como lugar de alteridad y acontecimiento, espacio de mega conciertos, mega fiestas urbanas, montajes artísticos, protestas ciudadanas multitudinarias, y carnavales cada vez más masivos.

En contrapartida, los nuevos tejidos que se han armado en torno a estas ciudades tradicionales, lugar de lo cotidiano para cada vez más habitantes urbanos, expresan nuevos códigos donde efectivamente la calle y la plaza pierden relevancia en tanto soportes de producción y reproducción de relaciones sociales, lo que no es sinónimo de una sociedad en descomposición sino más bien de una sociedad en transición. Así como en su momento la ciudad significó el fin de un sistema en el cual las relaciones sociales se construían exclusivamente desde la proximidad sanguínea, la tribu, los cambios que trajo consigo la revolución industrial y la informática han dado paso a un sistema urbano de gran envergadura donde las relaciones sociales dejan de ser construida prioritariamente desde la proximidad física para ser organizada desde el interés común, emergiendo nuevas comunidades de intereses de carácter trans-espacial que utilizan nuevos lugares para el encuentro e interacción.

Entonces, no ha de extrañar que se sugieran dos cosas aquí consideradas imprescindibles de profundizar para buscar respuestas a parte de las problemáticas urbanas contemporáneas: la primera es que antes de proseguir con el aggiornamento de las ciudades y centros tradicionales, se debe pensar su rol en esta nueva realidad urbana marcada por la tercerización de la economía y la trans-espacialidad de la sociedad; y segundo, dar legitimidad a los procesos de ordenación funcional y social de la nueva urbe que se ha tejido alrededor de las ciudades tradicionales, reconociendo que la calle y el espacio público tienen una relevancia distinta que antaño y que esto no es necesariamente negativo.

Aarón Napadensky Pastene

Académico Depto. de Planificación
y Diseño Urbano, UBB